

LA FIESTA de RUMBO

El escenario del Club Atenas quedó chico por dos veces en la misma jornada. El canto popular lo desbordó en una fecha memorable, en la que primero Canciones para no dormir la siesta, y Rumbo después, probaron una vez más que el vigoroso lazo que une al público y sus artistas está más firme que nunca.

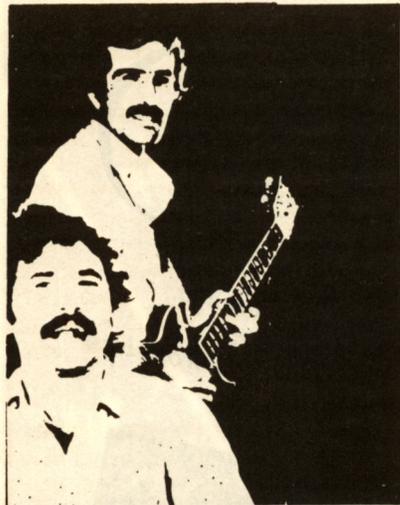


Nadie podía dudar de que *Rumbo* llenaba el Atenas. De todas maneras, una hora antes del comienzo, hubo quien arriesgó la opinión de que era demasiado plantear para el mismo día el espectáculo de *Canciones...* y éste. Lo de la tarde había sido tan desmesurado, en cuanto a concurrencia y entusiasmo, que cualquier

cosa por debajo de un lleno total, iba a sonar como un fracaso para el popular sexteto. Pero todas las inquietudes fueron en vano. En el momento en que se apagaron las luces y empezó a sonar *Balada de hoy mismo*, ni en el sector central, ni en las tribunas, y ni siquiera en los pasillos cabía una persona más.

Ese festejo planeado para conmemorar cuatro años de actividad, fue compartido y ansiosamente esperado

por todos los que estuvimos en el Atenas, y por aquéllos que se tuvieron que quedar afuera. Todas las generaciones estaban representadas en esa abigarrada multitud, dejando en evidencia una vez más que el Canto Popular no tiene que ver con modas o con el frívolo impulso de la propaganda. Desde aquéllos que siguen identificándose con nuestros artistas hace muchos años, cuando eran otras las voces, hasta la gurisada liceal que puso el mayor ardor en esta fiesta de cumpleaños, estuvieron todos. ¿Y cómo se llegó a esto? Ya lo sabemos. Con trabajo, con constancia, con mu-



chas contradicciones superadas sobre la marcha. Y fundamentalmente, con el apoyo de un público que en general ha ido incluso más adelante que los artistas. Que los ha esperado cuando todavía estaban inmaduros, que supo adivinar en aquéllos primeros pasos de cuatro, cinco o seis años atrás, el futuro que esos artistas podrían traerle. Pero además, la gente ha madurado junto con los músicos, con los poetas, y a veces, cuando algunas voces apocalípticas quieren presentar un negro panorama del Canto Popular, debemos —deberemos— recordar acontecimientos como el de ayer.

Muchas veces hemos dicho que las cosas son como son, como pueden ser en cada momento, de acuerdo a una serie de condicionantes, y que no son como deberían ser, o como quisiéramos que fueran, sólo porque esa sea nuestra voluntad. Y en cada momento, en el fondo, y como ha pasado a otros niveles, acá se han encontrado las respuestas. Por ejemplo, además de ser una fiesta, lo de *Rumbo* intentaba ser una respuesta a uno de los problemas graves que estaba enfrentando el Canto Popular: el desgaste del gran desfile rutinario en que se iban convirtiendo los festivales monstruo. Sin duda esa modalidad es básica para el sostenimiento de nuestra música popular, y se ha señalado la importancia del festival como experiencia colectiva. Pero tampoco cabe duda que en lo estrictamente artístico era el momento de buscar variantes. Como en tantas otras cosas, *Los que iban cantando* mostraron el camino, y ahora *Rumbo* lo retoma, con el mismo éxito. Seguramente habrá otros que sigan ese rumbo, con lo que se estará comprobando una vez más que hay una dis-

posición colectiva a enfrentar y superar problemas, aunque algunos apurados quieran ver todo hecho apenas los problemas se detectan. En fin, dejemos por acá estas consideraciones para pasar concretamente al espectáculo.

LO QUE HUBO

Veinticinco canciones —veintisiete, con los bisés— representaron una buena parte del repertorio de *Rumbo*. No faltó ninguna de las que debieran figurar en una antología del grupo, y además hubo unos cuantos estrenos. Indudablemente, esta modalidad de “número único” proporciona un producto más acabado a los oyentes que la habitual, y este recital ofreció la posibilidad de calibrar de una manera cabal y en varios sentidos, los alcances de *Rumbo*. Sin embargo, y sin descartar un comentario que no sería oportuno soslayar, había un clima de fiesta en el Atenas, que presidía tanto el ánimo de los músicos como en el de su público. Más que de “escuchar” se trataba de “estar”. Allí pasaba algo que tenía mucho de calor humano, de alegría mutua por esos cuatro años compartidos, un sentimiento que nadie parecía dispuesto a canjear por juicios valorativos desapasionados, que tuvieran más en cuenta lo estético que lo emotivo. Y en realidad, en ese nivel las cosas funcionaron con indudable eficacia.

Ante cada interpretación los aplausos no estaban retribuyendo por esa sola vez, sino por todas las anteriores, por esa permanencia y esa incuestionable capacidad de representar a la gente, que ostentan quienes como *Rumbo* se han proyectado en los primeros niveles de popularidad. Y eso es bueno, porque demuestra un grado de compenetración entre los musicantes y ese público, que es la mejor garantía para el futuro. Y porque además, ese afinamiento de *Rumbo* entre la gente está cimentado en un trabajo empeñoso, lleno de intuición, que enfrenta el problema de los que hacen camino al andar. Y porque en realidad, nadie necesitaba convertir esto en una prueba para medir la calidad del grupo. Eso ya estaba probado. Acá lo que se podía medir era el poder de convocatoria. que *Rumbo* pudiera haber desarrollado, con el apoyo de una publicidad que fue efectiva, sin alcanzar los grados del derroche que se gastan con tanto conjunto porteño de medio pelo.

Esa prueba fue salvada con total comodidad, y con la misma holgura quedó en claro la índole del arraigo del sexteto entre nuestra



gente. Para este cronista eso es mucho, aunque hayan faltado otras cosas.

LO QUE FALTO

Quizás pueda parecer antipático, pero es de estricta justicia decir que el recital estuvo lejos de ser perfecto. Los integrantes de *Rumbo* estaban explícitamente tensos ante la instancia, y eso los tuvo un poco atados durante la primera mitad, en la que algunos desajustes en la amplificación también conspiraron en su contra.

Después del intervalo eso se superó en gran medida, y el vigor interpretativo de *Rumbo* creció notablemente, sin que se pueda decir, de cualquier manera, que esta haya sido una de sus actuaciones más brillantes. Sí puede decirse que fue satisfactoria en relación a lo que normalmente se obtiene en este tipo de escenarios, y que lo conseguido demuestra que es posible seguir en una línea de superación respecto a esta modalidad, hasta alcanzar el máximo rendimiento que puede extraerse de los recursos técnicos de que se dispone actualmente en Uruguay.

Dentro de este marco, no da para entrar al comentario pormenorizado de las versiones escuchadas. Alcanza con hacer una referencia al entusiasmo y la entrega que los músicos pusieron sobre el escenario —especialmente, como se dijo, en la segunda parte—, idénticos a la entrega y el entusiasmo del público. Pero hubo desprolijidades varias, desafinaciones también reiteradas (y desacostumbradas en *Rumbo*), y se dio la oportunidad de ratificar varias cosas que alguna vez ya se habían notado.

En primer lugar, la enorme diferencia que existe, en cuanto intérprete vocal, entre Laura Canoura y el resto del grupo, cuyos miembros mas-

culinos siguen sin perfilarse como cantantes de vuelo en ningún caso. Quizás *Rumbo* deba asumir esa característica con otra naturalidad, insistiendo más con las interpretaciones a coro —donde son francamente buenos— y dejando la participación solista exclusivamente a cargo de Laura. En esta oportunidad, y con el mayor handicap que suponía el gran ámbito del Atenas, las diferencias entre los recursos y la vibración sensible de la cantante y lo que dieron los demás (siempre en la parte vocal), aparecieron con meridiana claridad.

Otra observación que habría que reiterar es que en los temas electrificados *Rumbo* todavía no *suenan* ni por asomo a la altura del resto de su repertorio. Lo que se oye es muy limitado, tanto en lo técnico como en lo expresivo, y ni la batería, ni la guitarra eléctrica, ni el bajo se empastan como es debido. Esto puede ser superable quizás a corto plazo, pero en este momento ofrece un flanco débil dentro del producto total.

Una última observación —y ésta sí se arrastra a lo largo del tiempo— es que la costumbre del grupo de intercambiar permanentemente los instrumentos, a cada tema prácticamente, funciona deficitariamente desde el punto de vista del espectáculo. Lo enfría, le quita ritmo, y agrega a los propios músicos la preocupación de saber con qué guitarra tienen que tocar y dónde va a estar. Eso incluso resultó atrayente en espectáculos como los de Los que Iban Cantando y el propio *Rumbo* en salas chicas, pero complica extraordinariamente en un recital de estas características. A veces, sacrificar algo en bien de la eficacia no supone hacer una concesión, sino apenas un esfuerzo en aras de la mejor comunicación.

LO QUE IMPORTA

Después de hacer estos reparos, y también como un acto de estricta justicia, habría que exponer —aun a riesgo de aburrir a los que ya lo saben— los méritos legítimos que han impuesto a *Rumbo* en el panorama del canto popular, y que son los que explican el éxito cosechado el sábado 9. Porque si se puede decir que esa *no* fue una de las mejores presentaciones del grupo en lo que tiene que ver con la faz interpretativa, hay que decir que la dosis de creatividad derrochada a lo largo de todo el programa alcanza para situar a *Rumbo* como una fuerza de primera línea dentro de la canción latinoamericana.

Si *Rumbo* no tuviera *A Redoblar* en su haber, probablemente tampoco hubiera alcanzado los marcos de difu-



sión que hoy tiene. Pero igualmente lo suyo importaría sobremanera. Porque programa en mano, en veintitantas canciones, hay unas diez que merecen quedar en cualquier antología, como *Balada de hoy mismo*, *Papel picado*, *Escenario babalú*, *Los héroes de la pantalla*, o *Para abrir: la noche*, que van a quedar en la mejor historia de estos años. Canciones fundamentales, que además delimitan el perfil creativo de uno de los más importantes poetas-compositores de esta generación: Mauricio Ubal.

La fuerza colectiva del grupo, la presencia de Laura Canoura en lo individual, la creatividad de Ubal y los aportes que en ese sentido también efectúa Miguel López (otro excelente compositor), son los pilares sobre los que se apoya el producto de *Rumbo*, y que en el balance significan mucho más que las objeciones expuestas.

El grupo cumple ahora cuatro años. Cuatro años que han significado una serie de pasos difíciles, pero exitosamente salvados. Sin embargo, y por la etapa que parece aproximarse para el canto popular, es probable que la mayoría de edad recién esté por producirse, y no sólo para *Rumbo*. La superación de ciertas limitaciones que se han notado, la potenciación de las virtudes descritas y unánimemente reconocidas, podrán llevar a *Rumbo* a un nivel muy superior, a colocarse en condiciones de sobrellevar la tarea de abarcar un público cada vez más amplio; y necesariamente internacional. Hay todavía cierto temor al espectáculo profesional, teatralmente entendido, entre nuestros músicos, y eso se notó ese sábado en el Atenas. En ese sentido, por ejemplo, hay muchos que aprender de los brasileños, de algunos argentinos y, por supuesto, de los mejores rockeros. Y para ello, estos reci-

A Redoblar

*Volverá la alegría
a enredarse con su voz
a medirse en tus manos
y a apoyarse en tu sudor
Borrará duras muecas pintadas
sobre un frágil cartón de silencio
y en aliento de murga saldrá*

A redoblar

*A redoblar muchachos esta noche
cada cual sobre su sombra
cada cual sobre su asombro a redoblar
desterrando la falsa emoción el lalala
el beso fugaz, la mascarita de la fe*

A redoblar

*A redoblar muchachos que la noche
nos presta sus camiones
y en su espalda de balcones y zaguán
nos esperan otros redoblantes, otra voz
harta de sentir la mordedura del dolor*

A redoblar

*A redoblar muchachos la esperanza
que tu latido insista en nuestra sangre
para que ésta nunca olvide su rumbo
porque el corazón no quiere
entonar más retiradas.*

tales —como el de *Rumbo*, como el de *Canciones...*, como los del Teatro de Verano— son muy necesarios. Habría que concluir en que hasta lo que no salió bien del todo fue provechoso en esa experiencia; y que todos, los músicos y los que los escuchamos, debemos entenderlo de ese modo. Sin resignar el espíritu crítico, pero sabiendo extraer todo lo extraordinariamente positivo que tiene hoy para ofrecer nuestra música popular, es que se va a seguir por el buen camino.

Para terminar, cerrando estas líneas que nos han llevado por zonas variadas, habría que reiterar que por encima de todo, los del 9 fue una fiesta, pero una fiesta verdadera, merecida, y en donde los homenajeados fueron tanto los que estaban arriba del escenario, como los miles que llenaban las tribunas. Eso sí, habría que buscar fórmulas de mostrar la aprobación más auténticas que esa moda de prender los yesqueros, tan gringa, e importada vía Buenos Aires.

Elbio Rodríguez Barilari